

F. GAMBOA

tes los ijares, lamiéndose las fauces abrasadas por el placer y la victoria...

Era que ya su trabajo no bastaba para hacer frente á los dispendios; otra vez hubo que empeñar muebles y objetos, pues los monises que del «Outlook» le remitían, en las económicas manos de Carolina derretíanse.

Una noche, al acostarse, por natural y humano movimiento, se lo reprochó á su esposa:

—¡Ya ves lo pronto que se me ha premiado por mi enmienda y principio de conversión!... ¿Dónde mora esa justicia con la que me aturdías y en la que tan firmemente crees?... ¿En dónde?...

No le replicó Carolina, pero Salvador siguió escuchando, en las tinieblas, un murmullo impreciso.

—¿No me respondes?... ¿Qué haces?...—le preguntó, incorporándose sobre las almohadas.

—¡Rezar por ti!

—¡Hija!—dijole él, echándolo á la broma,—si todavía no he muerto, guarda tus rezos para entonces...

—¡Porque renazcas rezo, Salvador, y renacerás, yo te juro que renacerás!

El murmullo persistió, en las tinieblas de la estancia, menos espesas, con tanto serlo, que las tinieblas internas del artista, en que su espíritu se debatía cautivo.

Y Salvador nada contestó, ¡al contrario! Muy poco á poco fué aproximándose, bajo las sábanas, á los labios que imploraban confiadamente que él renaciera.

RECONQUISTA

V

Fué Evangelina—que en achaques de fervor religioso allá se iba con Carolina—la que llegó con la inesperada noticia del reciente arribo de Magdalena á México, después de tanto año de ausencia. La intempestiva nueva cayó en medio de la comida y reanimó á Salvador, que todo se aguardaba menos eso; que para sus adentros suspiraba calladamente tiempo hacía por volver á ver á su hija predilecta. Y al oír que había vuelto, ocurrióle un fenómeno muy común: se tragó su júbilo, el vuelco que el corazón le dió dentro del pecho, y sólo permitió que asomara á la superficie un descontento artificial y un encono fingido.

—¡Vaya, hombre, veremos ahora si se acuerda de que tiene padre y se digna venir á saludarme!

Sacáronlo las otras del error en que á sabiendas incurria. ¿Como había de ir á verlo si era religiosa y vivía en convento? A ellos tocaba visitarla, que las madres no se opondrían, todas las familias de las reclusas lo hacen, y á diario si gustan.

Airado declaró Salvador que él no gustaba de buscarla á diario ni á otro plazo ninguno:

—Buenas son tales reglas, ¡qué atrocidad, Señor!... ¡Que venga ella, y si no que lo deje; ya se arrepentirá cuando yo muera!

Y como su mujer y su hija trataran de convencerlo de su yerro, abandonó la mesa de mal talante, y se encerró en el estudio, luego de afirmarles desde la puerta que no

## F. GAMBOA

*transigia con ciertas cosas*, que no insistiesen y que lo dejaran en paz.

—¡Para que no me tachen de tirano—agregó—vayan ustedes si quieren, y permítanme á mí que me las componga como me plazca!

Consigo mismo pretendió continuar el papel asumido delante de las mujeres. ¿Con que Magdalena, 'su Magda, había vuelto al fin?... Pero ¿adónde había vuelto, á ver? ¿Por qué no iba á él, su padre, que nunca cesó de aguardarla, de tenderle los brazos en los insomnios de sus noches desgraciadas, murmurando su nombre quedamente, cual si rezara? ¿por qué?... Todos los hijos ¡todos! cuando sus padres no mueren antes, á sus padres vuelven. Vuelven los heridos en las batallas de los hombres y los heridos en las batallas de la vida; vuelven los náufragos, los enfermos, los desdichados; vuelven los sanos, los enriquecidos, los felices; vuelven los que enviudaron, los engañados del amor y de la carne, los envejecidos en las ausencias voluntarias ó forzadas, los que habitaron extrañas tierras, los que calentaron sus cuerpos con soles distantes; todos vuelven ¡todos! Es una suprema piedad de la vida y de la muerte esta devolución de los hijos á sus padres, este retorno perenne, universal, caritativo. ¡Tanto es así, que aun si los padres han muerto, los hijos también vuelven á ellos, con el pensamiento—si no pueden menos,—en persona siempre que pueden, á la casa que vivían, á las tumbas en que duermen!... ¿Testigo? Evangelina, volviendo con los suyos, con esas tres criaturas nietecillos de él; que es esta la más frecuente forma de tales regresos... ¡Sólo los hijos que á los claustros van, no vuelven nunca!... ¿Será la muerte más compasiva que el claustro?... Y las ideas protestantes, las doctrinas negadoras que bullían en el ánimo de Salvador, embravecieronse

## RECONQUISTA

cual olas de verdad que un huracán aventara á los cielos; y la duda que aún no sabía domeñar ¡cómo se agigantaba dentro de los campos yermos de su alma! Si, la muerte es más compasiva que el claustro, porque el claustro es de piedra y la muerte no. Todas las cosas y todas las instituciones sin entrañas son de piedra: los monasterios, las cárceles, las fortalezas, los alcázares de los tiranos, los cuarteles, las fábricas, los hospitales; donde se sufre, donde se llora, donde se oprime, donde se despoja, donde se infama... ¿Por qué también donde se reza?...

Salvador aprobaba la demolición de los conventos, la obra de las piquetas revolucionarias echando abajo esas moles graníticas que de lejos trastornan á los cerebros débiles, á las voluntades enfermas, y de cerca, á modo de insaciable deidad cartaginesa, devoran vírgenes, devoran juventudes, devoran energías y las trituran sin ruido, masca que te masca tras sus fauces cerradas, tras sus hierros y rejas... ¿La vida contemplativa?... ¡Pero si la vida no es hecha para que la contemplemos, sino para que la vivamos, á pesar de sus crueldades é injusticias!...

Salvador, en su ira—aunque facticia á los comienzos, cobrando bríos conforme la atizaba,—hasta llegó al pensamiento de denunciar aquel convento determinado: que la ley lo destruyera, que la ley le devolviese á Magdalena... mas por dos razones no se decidía: porque repugnaba á su carácter de amplia tolerancia desquite tan ruin, y, principalmente, porque sabía que Magda, fascinada á causa de sus misticismos, marcharía de nuevo, marcharía durante su completa existencia en pos de un claustro donde refugiarse y elevar su encendido amor á Dios, sus oraciones expiatorias por los que nunca rezan...

—«¡Por tí el primero!»—según le suspiró al oído el día en que se partiera rumbo á Roma.

¿Por él el primero?... Y no obstante sus valentías de analista libre, de incrédulo convencido, malestar interno experimentaba de que sus deudos más próximos, sus padres, allá, cuando él fué niño, sus dos hijas luego, sus dos esposas oraran por él... ¿Orar?... ¿Orar!... Y le venían á las mientes las palabras de Renan, que Covarrubias citábale á menudo como de autoridad nada sospechosa en la materia: «Dejemos que los que rezan, recen, ¡qué sabemos si no les aprovechará á ellos y á nosotros los que no rezamos, por añadidura!...» ¡Creer!... y pensaba en su madre, en lo que le suplicó al venirse Salvador á estudiar, en tanto bendecíalo y besábalo empapándolo en lágrimas que no sabía contener, lo que le pidió rendidamente, cual si sus ojos viejos previeran lo que habría de acaecer en el espíritu de su hijo:

—«¡Júrame, hijo mío, que en circunstancia ninguna y sean cuales fueren las ideas que profeses—espero en Dios que han de ser las buenas,—júrame que no blasfemarás ni inquietarás á las almas que creen ¿me lo juras?...»

Y Salvador no sólo juró, sino que cumplió su juramento; de ahí que no se opusiera á las piadosas prácticas de Emilia, ni á las de sus hijas, ni últimamente á las de Carolina. Si creían, ¡enhorabuena!, que siguieran creyendo; él concretábase á crear cuadros, hijos, sueños, por no poder reunir entrambas propiedades de crear y creer, el ideal de los altos poetas. Irritábalo, ahora que más necesitaba de sus arrestos, el que se le apareciera su juramento de adolescente y casi le aconsejara, allí, á solas sus pensamientos y él, transigir, deponer esos enconos extremados, que como para requerirlos en pelea inminente y sería, aflaba. ¿No tenía ganas de abrazar á su Magda?...

—¡No, no y no!—repetíase.—Y la figura de su hija, pequeñita, clavábasele en los ojos que cerraba y apretaba

con el fin de no verla, de no ver su infancia, la dicha suya en la época aquella. Firme mantúvose en su forzado propósito, que llevó al punto de no inquirir cómo estaba la profesora.

En cambio, su mujer y Evangelina puntualizábase en las comidas, en los atardeceres que solían pasar agrupados tras los vidrios del balcón del estudio, el caballete, cubierto con su lienzo, lavados los pinceles, y la paleta raspada. Magdalena—contábanle—no cesaba de preguntar por su padre; parecía muy feliz y muy sana, no obstante haber enflaquecido, sobre todo del rostro, que acusaba marcada semejanza con el de la Santa Cecilia que Salvador poseía.

—Nosotras le hemos dicho—hablaba Carolina—que ya irás á verla... ¡No, no te enfades, hombre (*al notar los aspavientos del pintor, que no pierde sílaba de lo que le narran*), si no es preciso que vayas; ¡se lo decimos por no afligirla! Le hemos dicho que ya irás, cuando tu mucho quehacer no te lo estorbe...

Con objeto de combatir la tentación de ir y abrazar á su hija monja, dió Salvador de nuevo en marcharse por las noches en busca de sus amigos que de más descreídos alardeaban. Con ellos desperdiciaba las horas, sin beber demasiado ni seguirlos en sus descarríos; que él no estaba ya para andancias tales, ni sus flacos ingresos y gordas atenciones imprescindibles, consentiríanle despilfarros. Además, no iba en busca de eso; lo que buscaba era que despotricaran, que hiciesen trizas las cosas santas, contra las que Salvador albergaba testaruda inquina. Consistía su gusto en hurgarles la lengua, en orillarlos á soltar rayos y chuzos, que luego, oía cual si no fueran por él provocados, justándolos y confrontándolos con lo que sobre asunto de tantísima enjundia se pensaba él en las re-

cónditas profundidades de su caletre. A su casa tornaba de peor humor que la dejara, meditabundo, reconcentrado, á deshoras; recogidas Evangelina y la gente menuda; en discreta vigilia Carolina.

—¿Qué hacías tanto?—preguntábale ésta por lo bajo.

—Nada, distraerme un rato, que bien que lo he menester.—Y se tumbaba en la cama, sin leer á la luz de la vela; y Carolina adivinaba que no dormía ni hallaba postura que le acomodase.

—¿Por qué estás inquieto?—volvía á preguntarle.

—¡Por la hora será, ya es muy tarde!... Duérmete tú, y déjame á mí que piense...

Clavando la vista en las tinieblas de la estancia y en las de su espíritu, pensaba, en efecto. Ni en las unas ni en las otras descubría el menor rayo de luz, nada, nada... En la estancia, sabía el sitio de los objetos, de los muebles; habría podido recorrerla á tientas, sin tropezar; en su espíritu, con esfuerzo de memoria recordaba el sitio que habían ocupado sus creencias, el que ocuparon la fe y sus esperanzas; pero no se hubiera atrevido á recorrerlo á tientas, como la estancia, convencido de que allí sí que tropezaría. Determinaba, en la balumba de sus pensamientos, lecturas semiolvidadas, incompletas páginas de textos estudiados en el aula, fragmentarias doctrinas de maestros olvidados, cuyos rostros borrosos é imprecisos reconstruía con pena grandísima; pedazos de prédica, trozos de explicaciones y comentarios que habíansele quedado arrumbados y polvorientos, á manera de trasto que jamás nos fué útil. Determinaba luego, preciso y claro, su afán de aprender, de llegar á la Verdad, pues verdad y belleza informaron su culto, desde rapaz; determinaba la transformación lenta en él operada á fuerza de años, de maestros, de lecturas; determinaba el trágico exilio de sus creencias de

infancia, decretado por lecturas, maestros y años, y por él en persona ejecutado sin compasión hacia esas sus pobrecillas compañeras, que no opusieron sino resistencia muy mínima; que después de agolparse cual asustadizo hato de ovejas y carneros, dejando blancos vellones entre los gujarros y zarzas, del hospitalario aprisco escaparon y allá se perdieron, lejos, en los limbos de su niñez y de su pueblo, en lamentable tropel de derrota, balando, balando... ¡Qué bien veía Salvador su propio ardimiento por expulsarlas; cómo blandió el látigo; cuánto lastimó á las rezagadas, á las que huyeron las últimas!... ¡Fuera! ¡fuera!—gritábales al echarlas,—¡fuera lo inútil y pernicioso! Hay que salir del *periodo teológico*—repetíase contentísimo,—con el contento que en una juventud origina el salir de cualquier parte, aunque atrás queden los padres, las novias, los amores y los besos, el hogar y el terruño, ¿qué importa?, ya volveremos; y si no volvemos, tampoco importa, en el instante de la partida, por lo menos; los pocos años nos repican á vuelo dentro del pecho levantado y sano, que nos palpita de alborozo; la mañana está radiante; ancha la senda; cogemos las flores del camino; nos galopa la sangre en las venas y los músculos se nos crispan de deseo, como se encabritan los potros á los que el domador impide la carrera; vamos á ver tierras nuevas, la tierra en que la Verdad tiene su asiento, la tierra de promisión... ¡Salir! ¡salir!...

Y Salvador salió, cual casi todos salen.

Mas aconteció lo que acontece en ocasiones, que no es la tarde igual á la mañana, ni la noche igual á la tarde, porque las nubes han caminado con mayor prisa que nosotros, á pesar de nuestra juventud; al buen tiempo suceden los nublados y las pedriscas; á la gloria del sol, las sombras del crepúsculo; pero todavía cantamos, todavía

no decimos á los compañeros de peregrinación nuestros desfallecimientos, desengaños y cansancios; todavía reimos de que las flores del camino nos rasguñen con las espinas de sus tallos. ¡Bah!... Y anochece. La verdad se halla lejos aún, alumbra, sí, ¿no ha de alumbrar siendo la Verdad? ¿acaso no se advierte allá, más allá, la diadema de su luz, el halo de sus rayos?... Los cobardes, los débiles nos susurran por lo bajo que lo que tan distante vemos será quizá, las fogatas de la Equivocación—si es que de buena fe peregrinamos,—ó las del Engaño—en el caso contrario.—Por suerte, los maestros y los libros están allí, á la cabeza de la caravana, y, recordándolos, reconfortamos á los pusilánimes, mientras ellos y nosotros armamos las tiendas en que hemos de dormir y descansar, en tanto no transpongamos el desierto... Las noches multiplicanse, el desierto se prolonga y ensancha, desmesuradamente. ¿En qué punto quedará la tierra prometida?... Afirmamos que ya queda muy cerca, que mucho hemos avanzado, y tal afirmación nos aumenta las fuerzas que comenzaban á escasearnos, los propósitos que se entibiaban. ¡Adelante, á ver si llegamos hoy!... Y no llegamos nunca, seguimos anda y anda por el inmenso desierto de la Vida, los medrosos siguen desconfiando, infiltrándonos sus desconfianzas; nosotros mismos titubeamos ¿no iremos por donde ir debiéramos?... La romería, tan alegremente principiada, truécase en condena, levadera primero, después, con inconvenientes en que no reparamos al emprenderla; nuevos soles y lunas nuevas van diciéndonos que hasta el Tiempo camina, como nosotros, y nos sorprende ver que envejecemos y que no alcanzamos la Verdad... Los maestros y los libros persisten en apuntarnos allá, más allá, al punto en que la Verdad, de todos perseguida, reina y habita; las páginas de los libros nos la prometen en su mudo lenguaje mági-

co; los maestros honrados no desfallecen, antes nos estimulan con la palabra y el ejemplo...

Empiezan las deserciones. Ya no despiertan los mismos de la víspera; la hueste de los conquistadores de lo Cierto mira aclararse sus filas; falta uno, faltan dos, faltan muchos... ¡No importa! Tornarán ó serán substituidos por los peregrinos de los otros senderos, que, á su vez, hanse desencantado de su enseña y vienen á buscar aquí lo que también tardaban en encontrar allá. ¿Los peregrinos de los otros senderos?... Volvemos el rostro, y es exacto; hay porción de senderos, incontables, por todos lados, pero todos hacia un mismo rumbo. Nadie regresa, ¡ni uno solo!, todos marchan al igual nuestro, enormes peregrinaciones, multitudes compactas, la humanidad entera ambulando en pos de la Verdad y de la Luz!...

¿Será posible? ¿Pues no nos aseguraron al partir que sólo nosotros, los iniciados, los nutridos de ciencia, los librepensadores, los espíritus fuertes éramos los poseedores de la buena vía que derechamente conduce al término por todos anhelado?... ¿Qué significa, pues, esa marcha inconmensurable y solemne? ¿Por qué los exaltados de cada sendero se arrojan insultos por los aires, se amenazan con los puños, con las armas, se detienen de vez en cuando, para matarse? ¿Por qué cada cual quiere vencer, por qué quiere cada cual que sus ideas sean las triunfadoras, las que impongan la ley? ¿A qué destruirse, á qué injuriarse? ¿A qué tratar de que los unos piensen como los otros? ¿A qué verter sangre, sangre de hermanos que silenciosa y devotamente beben los campos? ¿Por qué? ¿Por qué?...

Entonces, se mira el cuadro.

¡Es la humanidad! La humanidad condenada á marchar siempre, siempre, siempre. Es la humanidad que viene en marcha desde el principio de los siglos, cansada, ja-

deante, suplicando un segundo de tregua, reclamando amor, libertad, justicia. Es la humanidad, condenada á seguir caminando sin segundos de tregua, con sólo relampagueos intermitentes de justicia, libertad y amor, hasta la consumación de los siglos...

¡Es la humanidad!... Una inmensa cosa triste, una muchedumbre sollozante, un conjunto miserable que allá va, cayendo y levantando, con hambre y sed, por muchísimos senderos que paran en un solo abismo gigantesco y sin fondo: ¡la muerte! Eso es lo que sí todos saben y en lo que todos creen, en la muerte que nos aguarda desde que nacemos, á la que vamos fatalmente, sin nada ni nadie que lo impida.

De ahí, sin duda, el clamoreo múltiple é infinito que por las noches se alza de las innúmeras tiendas plantadas en el desierto, y sube hasta los cielos impasibles. Suben plegarias y rumor de besos; imprecaciones y blasfemias; lágrimas y risas; eco de serenatas y de rondallas; balbuceo de niños y barbotar de ancianos; quejas de desgraciados y contento de dichosos; tronar de cañones asesinos, en los campos de batalla, y fragmentos de discursos filantrópicos, en los congresos de la paz; báquicas carcajadas, y cantos de órgano, en los templos; pero dominándolo todo, como desesperada protesta contra la muerte, deleitosos suspiros de las parejas enlazadas, sofocados gritos de las vírgenes que se inmolan, resuellos rítmicos de los machos saciados después del espasmo con que se siembra vida en los vientres de las hembras fecundas que han de continuar substituyendo con vástagos nuevos á los individuos que perecerán mañana, cuando levantemos el campo y pleguemos las tiendas, á fin de seguir esta eterna caminata incontrastable...

En cuanto la marcha recomienza, para los espíritus re-

flexivos recomienzan igualmente las inquietudes de la víspera, las perennes inquietudes que apenas si algo se sosiegan con el sueño. Estos espíritus reflexivos y honrados, que son los que encabezan las agrupaciones varias, caminan preocupados y graves, andan con cuidado, como inseguros del terreno que pisan y han hecho pisar á las legiones que los siguen. De súbito, detiéndense á explorar horizontes, á recontar prosélitos, á contemplar á los de los otros senderos, que tampoco desfilan con certidumbre... Sólo la masa es igual en todas las caravanas: ignorante, brutal, siguiendo los de atrás á los que les preceden, con menudo trote inconsciente de rebaño que no piensa, que tiene de sobra con que el pastor piense y los perros vigilen; ellos andan, se reproducen y rumian.

¡Allá van! Todas las razas, todas las religiones, todos los pueblos y todas las lenguas, envueltos en las polvaredas de los caminos y en las polvaredas de los prejuicios, de los desengaños, de las ignorancias...

El sendero más ancho ocupanlo, á paso de carga, los pueblos cristianos, que, estadísticamente, son los que pueblan la extensión mayor de la tierra; á su frente, mírase á las naciones más civilizadas, más fuertes, más prósperas; las que no se avergüenzan de creer, de proclamar que creen, de evangelizar conquistando y de conquistar evangelizando.

Luego, las razas mogólicas, un hormiguero de hormigas viejas, viejas, que caminan despacio.

Luego, los ortodoxos, los católicos, los pueblos nuevos.

A lo último, las hordas, los pueblos bárbaros que aún no despiertan á la vida del pensamiento.

Lo que no nos queda muy cerca, no nos interesa, lo vemos con mirada desmayada, al través de la distancia y del tiempo. Los que vivamente nos atraen, son los agitado-

## F. GAMBOA

res; los disidentes que recorren nuestro propio sendero; los apóstatas y tráfugas de los senderos próximos; los sembradores de cizaña en nuestro campo; los que nos aseguran que nos arrancarán la venda que nos impide columbrar las grandes claridades y la luz inmutable. Si acaso, en un arranque de altruismo proponémosnos, para después de operados, ir á los campos vecinos y predicar la verdad en ellos; mientras tanto, que se las arreglen, demasiado tenemos con nuestras dudas y nuestros conflictos. De pronto, advertimos que vamos solos ¡solos dentro de la multitud!... ¿Qué se hizo de nuestros deudos íntimos, los que hasta ayer no más prestábanos el calor de su cariño? Sin nosotros, sin nuestro apoyo, los lobos de las encrucijadas, los hombres malos, los riesgos y peligros de las grandes peregrinaciones harán presa en ellos... Disimuladamente, los buscamos entre la turba; quedamente, murmuramos los nombres amados ¿dónde están?...

Con los creyentes vienen, con los que siguen la Cruz, y no nos apartan la vista, los traiciona el júbilo de que los hayamos buscado. Nos llaman hablándonos á voces, con expresivos gestos afectuosos...

Intentamos catequizarlos, sacarlos del error; somos nosotros los que invitamos, los que interponemos nuestra autoridad para que cesen en sus prácticas y en sus rezos:

«—¡Vente á nuestro lado, como antes!»—nos gritan.

Y los breves diálogos se entablan, de senda á senda:

«—¿Sabéis á dónde vais?»—interrogamos.

«—¡Nosotros, sí! Y tú ¿lo sabes también?»...

«—¡Pues vais á la muerte, lo mismo que yo, lo mismo que todos, lo mismo que todo!»

«—¡Ya, ya sabemos que vamos á la muerte!... Pero después, después de la muerte ¿sabes acaso á dónde vas?...»

## RECONQUISTA

«—¡A la nada, adonde estábamos antes de nacer; la muerte es el fin!»

«—¡La muerte es el principio!...»

¡Vuelta á separarse, con la peor de las separaciones: la de la conciencia! Miles de leguas que distancian á los espíritus, que asuelan los hogares, que apartan á los hijos...

El caso suyo, de Salvador: sus padres, sus dos esposas sucesivas, sus hijas, en el sendero de los humildes, de las almas simples; él, en el de los analistas, en el de los libertos; él y ellos encaminándose á idéntico paradero: la muerte.

Y en lo obscuro de la estancia, incorporábase Salvador á contemplar el bulto de Carolina dormida á su lado. ¿Cómo estando tan juntos podían ir recorriendo diferentes sendas?... Aguzaba el oído, y escuchaba la respiración rítmica de su hija, de sus nietos marchando á igual destino con una serenidad de la que él carecía. Alarmado, interrogaba á las tinieblas ¿quién se hallaba en lo cierto? ¿verdad que él?... Desconsolado, comparaba sus insomnios á la tranquilidad de sus íntimos.

Durante estos insomnios, poníase á hacer el balance de su vida: como casi todas: sus luces y sus sombras, sus lágrimas y risas, su padecer y su gozar, lo único redentor y duradero, su culto á la belleza y su devoción firmísima por el Ideal y por el Arte, por su arte y sus pinceles y su paleta, que tanto habíanlo remontado y mecido en regiones muy superiores á las enanas y mezquinas de lo prosaico y cotidiano en que los humanos se debaten. ¿Por qué el Arte, en que tan firmemente creía, no le había bastado? La vida, en sí misma, le asqueaba; igual la suya que la de los demás. Los hombres, en su generalidad, son poco estimables; él, el primero, era poco estimable, considerado como entidad moral. Y por dondequiera que volvía el rostro, topábase

## F. GAMBOA

con cosas pequeñas, las hazañas y los delitos, las conquistas y las aventuras, los descubrimientos y los progresos; todo era pequeño, todo bajo, todo persiguiendo—con excepciones señaladisimas—la granjería y el medro. Y ello era así en el mundo entero, y al igual que en muchas otras partes, en México, pobre tierra convulsionada, salpicada de sangre, de injusticia y de atropellos, desde la Conquista, desde antes; tierra poblada de parias, miles y miles ennegreciendo el conjunto; sus clases superiores, sin alteza de miras, desorganizadas, con todos los defectos incurables de los españoles y todas las imborrables lacras de los indios; sin creer en Dios ni en el diablo, escépticas por ignorancia y no por estudio; destruyendo los cultos religiosos y practicando la religión de la adulación y el servilismo por los que mandan, por los que reparten las prebendas y las sinecuras... el país, siendo de lo mejorcito de América, como las galeras de las épocas de atraso y de barbarie, dando tumbos por las carreteras riesgosas, tirado por potros brutos y famélicos—el pueblo ¡la gran masa!—y guiado por mayores rudos que maltratan el tiro, sin otro afán que transponer la cuesta, aunque al cabo de ella el ganado no pueda más, exhausto y doliente, y el coche se rompa y desarme en medio de un páramo ó al deleznable borde de una sima...

Por dondequiera, en este bajo mundo, el propio cuadro: de un lado la maldad y la crueldad del otro; en libros y papeles, los grandes arco-iris de ventura; en la práctica, los nublados inmensos de desdicha; por dondequiera, los mares de sangre empañando las conquistas del derecho; por dondequiera, más desgraciados que felices, más menesterosos que ricos, millones de víctimas, millones de oprimidos, millones de siervos, los esclavos modernos más infortunados y numerosos que los esclavos antiguos; por dondequiera, el

## RECONQUISTA

hambre, la revuelta, el perpetuo odio cainesco, la onda de lujuria inundándolo todo, la onda de miseria devastándolo todo; por dondequiera, las conciencias perturbadas, lace-radas las carnes, las manos tendidas, amenazantes ó mendicantes, inquietas las almas, en prolongada espera de algo, de algo que tarda, tarda, tarda...

Y mientras el advenimiento se realiza, mientras se trueca en realidad el anhelo, los tronos sin prestigio, sin libertades las repúblicas, los altares sin dioses, el hombre sin esperanza, hosco, rencoroso y ceñudo, parado á la mitad del camino de la vida.

¡Qué melancolía infinita la que de Salvador apoderábase frente á cuadro tan lúgubre y cierto!... ¡Si de veras la vida no acabara en el sepulcro?... ¡Y ni á quién preguntárselo! Ciertos enigmas á nadie se preguntan porque nadie los ha sabido, nadie los sabe, ni nadie los sabrá; debe uno resignarse á contestárselos á sí mismo, sin ayuda ni auxilio, tembloroso el propio cerebro de no poder saberlo nunca. Hay cosas que uno las averigua y consume solo, como la muerte y el sueño. Nos dormimos sin quien nos acompañe, aunque alguien se halle á nuestro flanco, cual la mujer idolatrada que acabamos de besar, que acaba de jurarnos que á nosotros nada más nos pertenece; aunque acabe de persignarnos, como nuestra madre, apasionadamente doblada sobre nosotros. Morimos sin quien con nosotros muera, aunque en el mismísimo instante también alguien pierda la vida, aunque nuestros hijos nos tengan de la mano y no aparten su vista de nuestra agonía... ¡Solos nos dormimos, solos morimos!

Y Salvador, cuando aclaraban los días nuevos, solo dormíase; y por mucho que al despertar, con la luz del sol y el sentido de lo real recuperado, sus preocupaciones desvaneciéranse para ceder el puesto á los pensamientos vul-

## F. GAMBOA

gares de la existencia, cada mañana sentíase más inclinado á transigir, en un punto únicamente: iría á ver á Magdalena ¡por supuesto que iría!

Y fué.

Casi frontero á un cuartel de Artillería, apoyado en un *restaurant* facticiamente campestre, á mitad de ancha calle histórica, alzábase el claustro, sin apariencias de tal: una casa bien modesta, de dos pisos, con reja en los bajos, separada apenas de la fachada del inmueble, y en los altos, hasta tres balcones cayendo á un barandal corrido, de techo de lámina. El edificio, ligeramente metido hacia atrás, sólo su reja alineada con los frentes de las fincas inmediatas. Franqueada la reja, unos cuantos pasos, y el zaguán, cerrado, de postigo, con llamador de hierro. Adentro, corto portal, con puertas á la derecha y á la izquierda, que llevaba á un patio florido en el que además de éstas veíanse árboles en pleno desarrollo, uno sobre todo, grueso el tronco, elevada la copa, sombreando con sus ramas extensión dilatada y asomando á uno de los corredores del segundo piso, en sus vaivenes rumorosos y blandos. Al fondo del patio, una tapia, y en ella, en línea recta del portal del zaguán, una brecha más que puerta, daba entrada á un huerto que se adivinaba de proporciones vastas, que ostentaba muchas más flores, muchos más árboles corpulentos y añosos secreteándose drúidicas historias indescifrables con el ir y venir lento de sus copas, muy por cima de la barda, y con el subir y bajar de sus hojas en apagado rumor de confidencia y beso. Salen del huerto efluvios bien olientes de las resinas de los troncos, de las plantas y de la hierba recién regadas—¡huele á tierra húmeda!—y salen arpegios errabundos de órgano distante, armonías dulces de voces femeninas que nacerán, allá, en algún rincón del huerto, en alguna capilla oculta.

## RECONQUISTA

—¡Están cantando el Rosario!—le explican á Salvador su mujer y Evangelina.

Como la visita es á la tarde—les sonaron las cinco poco antes de llegar al convento—de todas las profundidades verdegueantes de las copas trémulas de los árboles, arranca ensordecedor concertante de gorjeos sostenidos, el de las centenas de pájaros que se aperciben al amor y al descanso de sus cuerpecitos alados, y que, sin embargo, á maravilla hermánase con los efluvios, arpegios y armonías que todavía percíbense.

Ellos, los visitantes, que se han detenido unos minutos, tuercen á su izquierda y trepan por la escalera de losa y de una sola meseta en que luce, colgada del muro, una imagen dentro de marco opaco, y suspendida de las vigas, una lámpara, alumbrándola. En el término de la escalera se levanta un cancel de madera, sin claros ni barrotes, con su puerta entrecerrada. La empujan para entrar, y una campanilla se suelta repicando. A pesar del repique, nadie se presenta. Ya no se oyen los cantos, sólo los pájaros persisten en su concertante.

Deja Salvador que se adelanten las dos mujeres, instintivamente se descubre y los tres avanzan. El corredor, que es de dos arcos hermanados en una columna, ostenta, recogidas, cortinas de sol; en el centro se ve una mesa antigua, de las llamadas de «tortuga», sin carpeta, y en semicírculo, ante un sofá de cerda, hay varias sillas. Míranse también distintas puertas: á la derecha, dos; al frente, una, cerrada, donde el corredor determina ángulo al doblarse y prolongarse Dios sabrá hasta dónde. Allí detiéndense los parientes de Magdalena.

Desde luego, nota Salvador dos cosas que saltan á la vista: meticoloso aseo que hace relucir de limpio al mismísimo suelo, y silencio tan grande que creeríase no hay

## F. GAMBOA

moradores en la casa. Por donde el corredor da vuelta aparece la superiora, entocada, negro el hábito, crucifijo sobre el pecho. Es una señora de estatura media, tirando á obesa por la edad, de seriedad suma en su mirar y de mucho reposo en su decir, que por el dejo acusa extranjería cepa; es, en efecto, francesa de origen, con algo de gran mundo en sus sonrisas forzadas y en sus ademanes naturales y distinguidos. A las señoras acógelas con protectora cortesanía, y á Salvador, cuando se lo presentan, con marcada reserva:

—¿Artista? ¿no?...—le pregunta sin alargarle la mano.

En la sala penetran y la superiora les brinda asiento después de correr por sí misma el transparente de uno de los balcones que, á causa de lo apagado de sus vidrios, poquísima luz vierte en la estancia. El cuarto es severo, de oscuros tonos en los muebles y en el papel-tapiz de las paredes. De una de éstas, cuelga un cuadro de asunto religioso.

A los principios de la conversación, desmañada y anémica, estalla abajo, en la calle, la lista de seis que lanzan á los aires los clarines, abriantados en su tesitura, de la banda lisa del regimiento de Artillería; no obstante la proximidad, las notas marciales que rasgan la atmósfera no traspasan la fachada del recinto, que las rechaza, como esas playas rocosas y acantiladas en las que no pueden extenderse las olas, sino que se estrellan y espumajean y braman. La superiora siguió hablando cual si el cuartel y sus músicas no existieran. En los interiores del monasterio han enmudecido los pájaros, y, en el mismo instante, una lega trae encendido un quinqué de petróleo, que cóloca en el velador del centro.

Salvador, que no se siente á gusto y que de buena gana preguntaría por su hija, mira á Carolina ansiosamente, y

## RECONQUISTA

Carolina le responde con los ojos que se espere. No espera mucho, no; la campanilla del cancel ha sonado apenas, y desde la sala percíbese sordo murmullo de pasos sofocados. Es la comunidad que regresa de la plegaria. La superiora se levanta:

—¡Voy á mandarle á Ud. á su hija, señor Arteaga!—le anuncia.

Con violencia inusitada latióle á Salvador el corazón, y á los cuantos segundos, siempre andando sin ruido, como una aparición celeste, Magdalena le echó los brazos por la espalda, y á riesgo de ajar la toca almidonada, se le acurrucó en el cuello, cual de chiquilla acurrucábasele, y con la misma entonación de entonces, con su voz de infancia, muy conmovida, le murmuró al oído:

—¡Papá!... ¡papá!... ¡Bendito sea Dios!

No pudo Salvador contestarle; reprimióse á duras penas para no sollozar, pero no lo bastante para impedir que le brotaran algunas lágrimas que fueron á perderse entre los pliegues de la toca y los restos de la cabellera mutilada de la monja. Luego la cogió el rostro, entre sus dos manos convulsas, y á contemplárselo hondamente se puso sin moverse, sin hablar, sin enjgarse las lágrimas quemantes que le resbalaban por las mejillas.

La acentuada belleza mística de Magda—Carolina y Evangelina tenían razón ¡cuánto se parecía á la santa Cecilia de su estudio!—su olor á incienso y cirios; las toquedades y rectitudes del sayal que la desexuaba, ocultando y tragándose sus deliciosas curvas femeninas; las rigideces de la toca almidonada, que con sus blancuras la aureolaban de luz; la palidez claustral en que el rostro zozobraba, y en que los ojos expresivos y tiernos agrandábanse en tamaño, expresión y ternura—por ser ellos y los labios, color de granada, los últimos baluartes de vida;—

## F. GAMBOA

el conjunto todo absorbido por el hábito, esfumado, de veras arrebatándola á la tierra, subyugó al pintor y lo tuvo suspenso, mientras Magdalena, luego de fenecida la efusión del encuentro, se dirigió á abrazar á su hermana y á Carolina. Subyugado el artista, el padre, el engendrador comprendió que esa belleza, esa carne de la suya salida, habiensele ido para siempre á regiones en las que nada podían su autoridad y su cariño paternos. Otro detalle le sorprendió, cuando Magdalena y Evangelina se abrazaban y que las vió juntas: la que le había devuelto el mundo, siendo la más joven y habiendo sido la más fuerte y la más sana, la que regresaba del amor, de la maternidad y del dolor—¡la vida normal!—regresóle macilenta, triste, coronada de espinas; y la que el claustro le arrancaba, la delicada y enfermiza, la que regresaba del confinamiento, de la oración y del ayuno—¡la vida anormal!—regresaba contenta, ideal, coronada de dicha... No pudiendo creerlo, de nuevo atrajo á Magdalena y le preguntó:

—¿Eres feliz, Magda?...

—¡Como nunca lo fui!—repuso ella, sin sospechar el daño que su respuesta tan sincera y pronta, causaba á Salvador.

Muy feliz en realidad debía de considerarse, á juzgar por su aspecto, que hay ciertos estados de alma, la felicidad muy principalmente, imposibles de simular. Y la ventura de la religiosa, su contentamiento sin límites, la serenidad poco menos que absoluta de su espíritu, á la vista saltaban. Aún sus encogimientos de niña, aquel su afán de reconcentrarse y no dejar traslucir lo que por sus adentros experimentaba; aquel su suspirar continuo, sus ausencias mentales que la impedían responder de acuerdo con lo que se le dijera, todo eso y más advertíase que había desapa-

## RECONQUISTA

recido. Ahora, no; ahora pensaba, hablaba y movíase con plena conciencia de sus ideas, palabras y movimientos; hablaba recio, reía fuerte, pensaba recto y se veía, se veía que congratulábase de haber descubierto el camino de su Damasco; de haber satisfecho sus aspiraciones y llevado á término su vocación, ó lo que fuese, que á la existencia monástica, de apartamiento y rezo, le tiró desde pequeña. A cada frase, á cada ademán afirmábase Salvador en que su hija habíase desligado totalmente de los afectos de la familia, del gran amor suyo, de Salvador, que la miraba sin cansarse de mirarla, sin soltarla de las manos, para tratar de aproximársela, de franquear y derruir esa barrera invisible que los distanciaba. ¡Qué linda estaba, Señor, pero qué pálida, qué pálida!... De tiempo en tiempo asaltaba á Salvador la tentación artística de trasladarla al lienzo; un notable cuadro que le ocurría: una figura sola, sólo una, Magdalena, su Magda simbolizando la Fe, mas no la Fe convencional y vulgar, vendada y sin expresión, ¡no! una Fe bellísima, erguida, joven, borrados castamente todos los encantos del sexo por el implacable sayo lúgubre; los ojos magníficos, bien abiertos, sin necesitar de vendas para crear, sino á pesar de ellos creyendo, contagiando su creencia incommovible, sincera, infinita; el rostro oval y puro, con esas palideces de marfil viejo, de páginas de misal gótico, de virgen exangüe, sonriente sin embargo, en asunción portentosa!...

Como por perdida diputábase, le hablaba tristísimamente, antojándosele que Magdalena le escuchaba desde el fondo de su fosa ó del otro lado de un abismo, adonde Salvador no pensaba llegar. No hablaba con su hija, no acariciaba á su hija: hablaba y acariciaba al espectro de su hija... Por eso cortó la entrevista con tosquedad; por eso prometió al despedirse que tornaría al día siguiente,

## F. GAMBOA

todos los días, siempre que pudiera; por eso salió á escape del convento, y, ya en la calle, revolvióse airado contra la pétreo fachada gris del edificio mudo, al que mostraba el puño mascullando quién sabe qué herejías y maldiciones de hombre desgraciado que no quiere declararse vencido del dolor y de la suerte.

Si ha de darse crédito al testimonio de Carolina, fama es que aquella noche el pintor, en su insomnio, cuando supuso que su esposa dormía ¡invocó á Dios!... Sea ó no cierto el hecho, sí está fuera de duda que Salvador regresó al convento, una vez por semana á los comienzos, dos luego y todas las tardes á lo último, enteramente solo ó en unión de su mujer y de Evangelina que ya había encontrado acomodo como cajera diurna en una confitería á la moda.

En el convento, por merced especialísima de la superiora, permanecía Salvador hasta después de anochecido al lado de Magdalena, en la sala desmantelada y adusta, ó en el huerto encantado, desde una tarde en que por aglomeración de visitas de importancia—la mayoría de las grandes damas, lo más encopetado y linajudo de la ciudad, allí se reunió con motivo de algún señalado aniversario ó ceremonia de la orden de Reparadoras. Cautivado Salvador con los hechizos del huerto, entre cuyas alamedas aguardaba á que su hija terminase las vespertinas devociones de la comunidad, oía el órgano, las voces de las doncellas castas, el infaltable concertante de los pájaros, y su ánimo intranquilo inundábase de una paz que le hacía bien grandísimo. Luego, con la llegada de su hija y el partir de la tarde, esa paz subía de punto, le anesthesiaba sus pensamientos rebeldes, sus ideas impías que, al igual de los pájaros en las profundidades verdequeantes de los árboles, en las profundidades de su conciencia adorme-

## RECONQUISTA

ciánsele. A fin de no romper el encantamiento, hablaba muy poco, apenas lo indispensable para no dejar sin respuesta los largos discursos y parrafadas que le enderezaba su hija, cuya pálida beldad acababa de sumirlo en esa especie de soñación bienhechora.

Y cuando á las seis precisamente estallaba el toque de lista en el vecino cuartel de Artillería, las notas viriles y brillantadas de la banda de clarines perdían su sabor de destrucción y guerra, sonaban á distancia grandísima, no obstante la proximidad, veladas por las copas de los árboles que apagábanlas á su paso con el ósculo de sus hojas temblorosas y el abrazo de sus ramas retorcidas, cual si los ejércitos y las máquinas exterminadoras y fratricidas se hubieran ido ya sin ser sentidos, y desde lejanías inofensivas tocaran, por la vez última, sus cantos de odio y sus cantos de sangre; cual si los hombres, arrepentidos de sus pasiones negras, licenciaran á los soldados y rompieran las armas; cual si la maldad agonizara ó hubiera muerto, y aquellos clarines anunciaran los funerales de las guerras y el advenimiento imposible del amor universal... Pero Salvador, á cierta hora, tenía que volver á la calle, á su casa, al batallar de sus pensamientos y de sus ansias, y aquí estaba lo malo, la vida destruía al ensueño, la realidad á la quimera y el desengaño á la esperanza. En su caballete desfogábase, enviaba á «The Outlook» dramáticas escenas de las guerras nacionales; lanceros sañudos; guerrilleros feroces matando y degollando, á la carrera tendida de sus caballos enloquecidos, por sobre cuyas crines al viento los jinetes se doblaban para facilitar la carrera y con mejor certeza herir y matar. Habría pintado toda la epopeya libertadora de la Reforma, todo el encono de los «rojos» y de los «puros» contra los conservadores y reaccionarios; las victorias cruentas, los alaridos de rabia,

## F. GAMBOA

el triunfo final del partido exaltado; la expulsión de religiosos y la demolición de los conventos, ¡eso, eso sobre todo, la demolición de los conventos!...

Pasado el arrechucho, reía de sus iras. ¿Por qué ese encono contra el convento, si, caso de alimentar alguno, alimentarlo debiera contra las inclinaciones de su hija? Suponiendo que el convento fuese un peligro, de peligros hállase sembrado el mundo y no por eso del mundo maldecimos á todo momento, ni apetece su destrucción y ruina. Nó, hay que distinguir, que convencerse de que el peligro principal radica en nosotros que nos abandonamos á aquéllos, por las levaduras indómitas que nos señorean y á las que no oponemos sino remedos de resistencia...

Y se atascaba Salvador en sus propias filosofías, alegándose el pro y el contra de problemas tan arduos. Una cosa sí que lo irritaba fuera de medida: aquella persistencia en resolver conflictos, en los que antes no se ocupó mayormente. ¿Qué lo movía hoy á estar siempre devanando tan enmarañado ovillo, con lo que sólo sacaba amargarse más su pobre vida, hartó amarga ya de suyo?...

Hasta que un buen día, al tanto cavilar, dió con la clave del enigma, admirándose de que el hallazgo se efectuara tan tarde: lo que lo movía era, sencillamente, el desencanto, las lastimaduras del vivir, la maldad humana, la ignorancia y la mentira, las incertidumbres acerca de nuestro destino, á menos de no creer que en el sepulcro se concluye todo. Salvador por mucho tiempo creyó en ese aniquilamiento total; mas sin duda porque entonces era feliz, sintióse satisfecho con la tal doctrina y no la penetró lo bastante, ¡en ella creía y en paz! Fué después, cuando sus padecimientos y desgracias principiaron; cuando lo expulsaron de la amistad y del amor; cuando la familia le

## RECONQUISTA

mostró el revés de su bordado—revés burdo y áspero,—cuando las hipocresías sociales le dieron en el rostro, á modo de latigazos que enfurecen; cuando palpó el imperio inconmensurable del fingimiento y el engaño en todos los órdenes, la breve duración de los pocos afectos de verdad, el tráfico de la honra y la vergüenza, el entronizamiento de los fariseos y mercaderes, la lapidación de todos los profetas y el martirio de todos los Cristos; cuando vió y oyó y leyó y supo que eso era el mundo, el globo entero; cuando se halló sin esperanza y sin consuelo, fué cuando la inquietud apoderóse de su ánimo contristado y doliente, y cuando éste se le escapó por los vericuetos inextricables del pensamiento en busca de una compensación y de un asilo. Y como él, Salvador, estaba medio ciego, si no ciego totalmente, asido al quebradizo hilo del raciocinio seguía á su pensamiento, y exasperábalo que perdiguero tan fino y amaestrado no lo sacara del pajonal en que á cada día conceptuábase más y más extraviado...

Y he aquí que hoy mirábase libertado ¡lo estaría de veras?... pues chocábale no prosternarse, no prorrumpir en gritos de agradecimiento y júbilo, sino antes sentirse encogido, medroso, con rubor de proclamar que un portento habíase realizado dentro de su ser, que volvía á ver la luz... porque la veía, sí que la veía, aunque ella lo ofuscará y sumiera en esos encogimientos y miedos. ¡Fenómeno más raro!... En lugar de reír, lloró; en lugar de correr y de saltar, quieto mantívose; en lugar de repetir á nadie el sucedido, presa de temor lacerante, enmudeció... ¿por qué lo cegaba tanta luz, en vez de iluminarlo? ¿si no resultara cierto, por desgracia, que hubiese recuperado la vista? ¿por qué no miraba aún, con suficiente claridad, todos los puntos sombríos de su espíritu?... Ante tales manifestaciones extrañas, su congoja aumentó; y es que ignoraba

el que fenómeno idéntico ocurre á los otros ciegos que por milagro tornan á ver: diríase que la luz, de la que han estado huérfanos, al pronto los dañara; resistense á creer en el prodigio, y ello explica que el pasmo los paralice, que no osen caminar, ni hablar, ni reir; que prefieran, por instantes, cerrar los ojos resucitados ó internarse de nuevo en lo obscuro en que habitaron, que prefieran hasta apartar con las manos la claridad que los deslumbra...

Así Salvador, desconfiando del suceso, se lo calló; procuró enterrárselo hondo, hondo, adonde sólo él supiera, adonde los ojos de los demás no asomaran á cerciorarse, ni los escepticismos y maldad de sus semejantes se lo codiciaran ó escarnecieran al menor descuido. Y así se iba por todas partes—mientras no le viniese el convencimiento íntimo de que, en realidad, había curado,—como ladrón que esconde un tesoro fácil de perder.

Donde únicamente algo se franqueaba, era con Magdalena, en el fondo del huerto del monasterio vibrando aún las postrimeras notas suplicantes del órgano y los gorjeos postreros de los pájaros, el perfume de las flores que cierran su corola al irse la tarde y el de las que abren la suya al avvicinarse la noche. Dejaba que murieran los ecos de los clarines marciales, luego de anunciar á sus oídos de iluso que la guerra se acababa, que aquellos serían los últimos cantos del odio y de la sangre, y sin dar la cara á Magda, le decía:

—¡Háblame de Dios!...

—¿De Dios?—le preguntó la profesa en el colmo de una estupefacción gozosa, la primera vez que escuchó tal súplica,—pues que ¿crees ya?

—No me preguntes—agregó Salvador mirando al suelo y en voz más baja todavía,—¡sólo compláceme y háblame de Dios!...; ¡háblame de la Cruz!

Y Magda, que no era una exégeta ni muchísimo menos, le habló de Dios en términos simples, con fe primitiva y criterio de niño que á otro niño intentase explicarle cosas grandes. Raudales de palabras blancas, de palabras puras; el Dogma eterno, sin deformaciones, ni comentarios, ni notas; la creencia católica en todo su sencillo esplendor pristino, sin dudas, sin impiedades, sin blasfemias, como han de haberla predicado á los humildes, los ignorantes pescadores de Galilea. Una exegesis que cualquiera habría desmenuzado; de la que cualquiera habría reído, y que, sin embargo, arrancaba un llanto silencioso de Salvador, que la monja su hija enjuga acariiciándolo.

Transfigurado salía Salvador del huerto, más que nunca escondiendo su preciadísimo tesoro para librarlo de que se lo descubrieran sus prójimos, á los que volvía á codear en las calles. En los intervalos de sus visitas á Magdalena—la noche íntegra y gran parte del día siguiente,—formaba proyectos, todo lo que haría cuando se sintiese definitivamente curado. Desde luego, no alardearía de su cura, no buscaría plácemes y regocijos, ni con las personas de casa; tampoco entregábase á externas manifestaciones exageradas de fervor, ni á misticismos impropios de su edad y de su sexo; mucho menos intentaría convencer á incrédulos legítimos ó fingidos, ni sanar á enfermos. No sería misionero, porque tendría de sobra con ser creyente, y aunque como á creyente pudiérale doler la incredulidad ajena, conformábase con dolerse de ella y con confiar en que lentamente iría desapareciendo; convencido de que en la mayoría de los casos, tal incredulidad no es sincera, según tampoco lo son una porción de credos extremados en política, en filosofía, en ciencias. Conforme los días pasaban, Salvador, siempre en espera de su conversión definitiva, más claro veía en sinnúmero de cuestiones.

Detrás de los descreimientos pregonados; detrás de las creencias que á gritos se proclaman cual inmutables y honradas, veía Salvador la mentira individual, y hasta colectiva, un gran afán de notoriedad ó de lucro, de lucro sobre todo; pero firmeza, ¿dónde estaba la firmeza?... En este asunto de la incredulidad religiosa, por ser el más trascendente, era en el que Salvador advertía el menor sincerismo, viendo en la larga lista de pensadores diz que libres, de políticos diz que intransigentes, de espíritus pseudo-superiores, que en todas partes se acobardan los tales frente á lo que no tolera engaños ni subterfugios: frente á la muerte, á cuyos pies abjuran de toda una vida de combate de ideas, y repudian hasta textos escritos, discursos publicados, propagandas orales y propagandas impresas, y rinden la jornada en los brazos del Dogma y de la Iglesia. Prefería Salvador sus procederes propios, el no aguardar á la hora de la muerte ni doblegarse á las cobardías fisiológicas y psíquicas que ella nos acarrea, sino tornar á Dios en plena vida, con fuerza en la carne y vigor en el cerebro, con entera conciencia y con voluntad independiente y libre.

Salvador, á quien animaba un espíritu amoroso, justiciero y altruista, odiaba muy principalmente el engaño y la mentira; era gran partidario de las rectificaciones y de la entereza que se enfrenta á la responsabilidad y virilmente la asume, lo mismo si es premio y galardón por lo que hayamos hecho de bueno, que si es condena y castigo por los males consumados. De ahí su distanciamiento progresivo de amigos y empleos, de afectos falsos, de toda la gran mentira humana, de la que—colocada la Religión en su puesto, sólo dos entidades se salvan, cuando honestamente se las rinde culto: el Arte, que á modo de ave inmensa, ciérnese sobre todas las miserias y sobre todas las

deformidades, y la Ciencia, infinita, majestuosa como mar sin orillas.

Desengañado de cuanto le rodeaba, de las historias falseadas, los libros mendaces, los ídolos de barro, los silencios delincuentes, los aplausos criminales, los proditorios encogimientos de hombros, el tanto prometer y nunca cumplir, el tanto demoler y nada edificar, se sintió en él aire y con las alas desmontadas para poder volar á las excelsitudes y á los ideales. En su desesperanza y desamparo, instintivamente—como los animales heridos buscan los sitios ocultos y de difícil acceso, á fin de acabar de sufrir y de morir donde no los alcance la maldad del hombre,—el alma de Salvador, también herida, volvióse á Dios.

—¡Háblame de El!—le rogaba á Magdalena tarde á tarde.—¡Háblame de la Cruz!...

Y tarde á tarde cobraba mejores bríos, arrestos nuevos, mayor acuciosidad para juzgar y para ver. Tan positivo alivio experimentaba, mejoría tan franca, que todo lo que antes resultábale inexplicable ó abstruso, lo encontraba ahora sencillo y claro. Según él rectificaba, la génesis de las disidencias, de las protestas, de los enfriamientos en materia de religión y de fe, consistía en una equivocación muy de lamentar: confundir el Dogma con el clero encargado de interpretarlo, propagarlo y defenderlo; consistía en no saber diferenciar lo fundamental y eterno, de lo temporal y transitorio. Que el clero haya sido y sea culpable en muchos puntos—y principalísimamente en México,—por explotar su poder y su influjo en provecho propio, por convertirse en entidad militante—siempre que puede lograrlo,—con objeto de acaparar y disfrutar los bienes terrenos, olvidándose de su alto ministerio ¿qué prueba contra el Dogma?...

## F. GAMBOA

La justicia, la Justicia ideal por la que todos los pueblos y todos los individuos suspiran, no pierde un átomo de su excelcitud porque sus intérpretes y sacerdotes le resulten venales, prevaricadores y concupiscentes. Basta con que haya un magistrado, un juez que honradamente la administre y distribuya, para que hasta nos dolamos de los otros, que, ¡al fin hombres!, más obedecieron á sus pasiones y ruindades, que á sus deberes. Y aun cuando — soliloqueaba Salvador, — aun cuando ni ese juez ó magistrado excepcionales existieran en parte ninguna; aun cuando la Justicia se halle sentenciada por los humanos á ser perpetuamente escarnecida, aun entonces, todas las conciencias continuarán creyendo en ella, adorando en ella, esperando en ella, hasta su advenimiento.

No obstante el alivio que Salvador experimentaba al lado de Magdalena, la que por su parte esmerábase en que sus pláticas fueran de lo más convincente, tal alivio dilatábase en trocarse en la cura completa que desde los comienzos de la crisis se anunciara. Cierta que las pláticas de Magda pecaban de simples y candorosas; sobre que en toda su existencia había sentido ni el aleteo de la duda. Nacida para creer, con vida y alma creyó, no entendiendo á las derechas que pudiese haber incrédulos. Y su más cruel torcedor, la incredulidad de su padre, he aquí que milagrosamente borrábase y Salvador tornaba á la fe, á la fe omnipotente que á ella envolvíala y amparábala, que la hacía vivir en la bienaventuranza y en el éxtasis dentro del claustro anacrónico, dentro del claustro devorador de ilusiones y voluntades. La vuelta de Salvador á la fe, era lenta; él confiábase á su hija en las entrevistas diarias.

— ¡Cuánto tardo en desandar lo andado, mi Magda, debo de haberme ido muy lejos!...

En su cura prodigiosa, no quería Salvador pisar un tem-

## RECONQUISTA

plo ni frecuentar sacerdote alguno que lo ayudara con sus luces. Ambicionaba que sin influjos extraños ni exteriores, el prodigio acabara de realizarse por su propia virtud; que lo mismo que las cicatrizaciones de las heridas graves sabiamente curadas — que se forman de adentro hacia afuera en mágico renovamiento de tejidos, — así á él se le renovaran sus creencias de infancia.

¡Con qué recíproca ansia aguardaban padre é hija la hora de su visita diaria! Como dos novios, debían narrarse lo hecho y pensado mientras cesaron de verse, los progresos de él, las plegarias de ella.

— Cuando te pongas bueno — le prometía ella, — verás lo que sientes, una felicidad que no se te acaba, que te sirve para todo, verás, verás...

Un programa de resignación y de consuelo extraterrenos; una dicha sin segundo; el ensueño místico, tras el cual, la monja oía pasar el torrente desencadenado de la vida, sin miedo de ser arrastrada ni deshecha por ese vestiglo desbocado que arrasa las riberas plácidas y arruina los sembrados ubérrimos, que descuaja los árboles fuertes y en las piedras se azota, sacudiendo en el huracán que lo acompaña y azuza, sus crines de perlas y sus crines de espumas... Comparaciones primitivas, toscas, leídas en libros piadosos y rudimentarios; lo que sus directores espirituales, deslumbrados frente al armiño de esa conciencia, habían juzgado bastante explicarle.

Salvador, embebecido, la escuchaba sin interrumpirla, y Magdalena, suponiéndose la autora única de aquella conversión, crecíase en su discurso y multiplicaba las comparaciones primitivas, los argumentos bastos, preguntando á su padre de tiempo en tiempo:

— ¿Me entiendes bien, verdad?...

Por no lastimar una fe tan firme y confiada, Salvador

respondíale que sí, que la entendía; y á los reparos y objeciones que en tropel subíansele á los labios, no les permitía salir, aterrorizado de imaginar los efectos que en el sereno ánimo de su hija producirían.

Magdalena, en tanto, continuaba hablando muy posesionada de su asunto; al arrullo de su voz, Salvador ahuyentaba los malos pensamientos, repasando su propia existencia.

Este esfuerzo de su voluntad lo aleccionó, sobraba con querer; ¡él quería creer, y creería! ¿No cuando las tesis antirreligiosas y los escepticismos y descreimientos que las escoltan se adueñaron de él, hubo necesidad de no prestar oídas á los pensamientos creyentes que lo asaltaban, de repudiarlos con voluntad enérgica, pensando en otras cosas?... Pues con análogo procedimiento, rechazaría ahora cuanto se opusiera á la refluencia de la fe, que pugnaba por anidarse de nuevo. Se zanjaba el conflicto, sencillísimamente—que en el batallar de las conciencias no puede haber medio distinto,—creemos lo que que queremos creer, pues si no, nos complaceríamos (y hasta los llevaríamos á puro y debido efecto), en los pensamientos reprobados que á los justos mismos invaden y atormentan. ¿Quién hay que con la mente no tenga perpetrados alguna vez los peores delitos y las peores atrocidades? Sin embargo, se lucha con la tentación, aniquilase el pensamiento torcido y no se ejecuta materialmente el crimen mental.

—¿Me entiendes bien, verdad?...—volvía á preguntarle Magdalena, alarmada por su abstracción.

Y Salvador le respondía que sí, resuelto á entenderla, á no consentir que las ortigas de la duda agostaran en su cerebro el reverdecir de sus delicadas flores de religión y de consuelo... ¡la monja, su hija, contábale cosas tan dul-

ces, ofrecíale un perdón tan completo y una paz tan eterna!... ¡Dios lo perdonaría!... ¡Dios perdona siempre!...

Confianza grandísima cobraba Salvador oyendo que Dios lo perdonaría; que Dios eligió la crucifixión á fin de que por los siglos la cruz, con sus brazos extendidos, anunciara que El no cerrará nunca los suyos, siempre abiertos para que entre ellos se cobije la humanidad entera, cuando desengañada de las maldades del mundo y las miserias de la vida, enderece sus pasos hacia el Padre que la aguarda con sus misericordias...

El caso suyo, de Salvador, que oyendo á Magdalena emocionada, sentía que lo inundaban por adentro olas compasivas que se llevaban lo malo, como las olas que limpian y sanean con sus reflujos las playas sucias de las tierras calcinadas y enfermas, era elocuente prueba.

¡Magdalena tenía razón! Algo oculto garantizábale á Salvador que misericordiosamente acogeríanlo en su vuelta tardía, en ese su regreso natural al Padre...

Y en la quietud del huerto, que empezaba á ensombrecerse, oyendo la musical voz de la monja, que, transfigurada, asegurábaselo pálido el rostro y hacia las alturas convertidos sus lindos ojos, Salvador rememoraba fragmentos de la parábola, él era el hijo pródigo:

—«Un hombre tenía dos hijos... el más mozo, recogidas todas sus cosas, se marchó á un país muy remoto y allí malbarató todo su caudal, viviendo disolutamente... Después que lo gastó todo, sobrevino una grande hambre... y comenzó á padecer necesidad... Púsose á servir á un morador de aquella tierra, el cual le envió á su granja, á guardar cerdos... y volviendo en sí, dijo: ¡Ay, cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen pan en abundancia, mientras que yo!...»

Y Salvador se repetía, con mayor deleite, la respuesta

## F. GAMBOA

del padre al hijo trabajador y bueno, que se mostraba celoso de los festejos que se aparejaban para el hijo vagabundo y sin ventura:

—«... Ya ves que es muy justo regocijarnos, por cuanto este tu hermano se había muerto y resucitó, estaba perdido y se le ha hallado...»

¡Era la historia de él, la historia de todos!

Punto por punto, palabra por palabra podía aplicársele la parábola: también él habíase marchado á un país remoto, y malbaratado su caudal, y vivido disolutamente; también él padeció de una grande hambre y de una grande necesidad; también él había vivido entre cerdos, y, en más de una ocasión, aun cuando no lo hubiese formulado, suspiró y echó de menos las épocas en que vivía feliz y tranquilo á la sombra de sus creencias viejas.

Como él, había muchos otros, muchísimos, que secretamente ansían romper el nudo que los ahoga.

Hombres y pueblos, á diario tornar á las ideas de que se alejaron; unos, publicándolo á voces, en silencio los demás. Salvador se incorporaba á estos últimos, no por que le avergonzaran su arrepentimiento y regreso, sino porque de efectuarlo sin ostentación ni ruidos, como que más sincero y más firme resultábale.

Hombres y pueblos tornan á Dios—ahora lo veía Salvador,—porque los pueblos y los hombres, cansados de buscar, sin encontrarlos, todos los mejoramientos que por aquí abajo se prometen, sin nunca pasar de la categoría de promesas, han menester de amor y paz para sus espíritus acongojados.

Hombres y pueblos, son el eterno hijo pródigo de la parábola, y desencantados de todo lo del mundo, en ascensión imponente y soberana, al fin vuelven al regazo compasivo de Dios, de Dios que á nadie rechaza, que todo

## RECONQUISTA

lo olvida, que continúa y continuará con sus brazos abiertos, como cuando en la Cruz, recibiendo y perdonando á los pueblos y á los hombres llenos de heridas, agobiados de desesperanza por lo transitorio y engañoso del mundo, y que, al mirarse desamparados y náufragos, lamentablemente suben á Él por las cuestas ásperas del dolor y del remordimiento...

Magdalena seguía hablándole de Dios, seguía preguntándole de tiempo en tiempo:

—¿Me entiendes bien, verdad?...

Cierta tarde vió Salvador varios carruajes de lujo frente á la verja del convento, lo que no le preocupó á consecuencia de su gradual familiarización con las prácticas de la comunidad y con las de sus protectoras y frecuentadoras asiduas. Sería una fiesta de tantas.

En virtud de su especial permiso colóse hasta el huerto, á esperar á Magda. Esperábala con serena alegría que no sabía disimular, y, contando los minutos, oyó el órgano, las voces de las doncellas castas, el infaltable concertante de los pájaros. Antes que las profesas, salió de la capilla un golpe de señoras principales, que se dirigían al claustro. Oculto tras los árboles, Salvador miró salir á damas y profesas. Al cabo de un rato, Magdalena vino en su busca y lo atrajo al banco favorito en que charlar solían. Pero Salvador, que no atinaba cómo comunicarle la buena nueva, resistiéndose le dijo:

—¡Nó, aquí nó!... ¡Llévame á la capilla!...

Magda adivinó que aquello era tal vez el premio á sus ruegos, el milagro, ¡la reconquista del alma de su padre!

—¿Ya?...—le preguntó, á punto de llorar.

—¡Ya!—repúsole Salvador, no menos emocionado.

Encamináronse ambos á la capilla, casi desierta á tales

F. GAMBOA

horas; sólo dos religiosas, prosternadas en unos reclinatorios y con sendos cirios, velaban y oraban...

Llegados Salvador y Magda junto á la barandilla del presbiterio, se arrodillaron en la grada de piedra; pero ni el padre ni la hija supieron rezar, á él y á ella ahogábalos el llanto, un llanto discreto que él vertía mirando á la alfombra del piso, y ella mirando al altar, los dos asidos de la mano...

...Más debilitado aún que en tardes anteriores, hasta la capilla penetró el toque de lista del vecino cuartel de Artillería, cual si en esta vez los clarines marciales, en derrota sin revancha posible, sí tocaran por última sus cantos de odio y sus cantos de sangre...

Al salir Salvador, al volver á las calles, caminaba radiante, de prisa, de prisa...

Iba á sus cuadros, á sus pinceles, á su arte. Ya sentíase artista completo; ya podría terminar su obra, aquella su inconclusa «Alma Nacional», y abordar los asuntos redentores y justicieros de que su inspiración estaba grávida. Ya era suyo el lema de los poetas altos:

—«¡Creer, Crear!»

Y se perdió por esas mismas calles de la enorme ciudad indiferente.

~~~~~  
*Washington, D. C.: 15 de abril de 1903. — «Villalobos», Guatemala: 28 de marzo de 1906.*

Este libro se acabó de imprimir en Madrid,  
en la imprenta de Bailly-Bailliére é Hijos,  
calle de la Cava alta, número 5,  
el día 23 de Mayo de 1908.









